

El cura los miró como quien teme hallarse en medio de un grupo de dementes; luego dirigió una fulgurante mirada al joven y exclamó con maligna sonrisa de triunfo:

— Afortunadamente, no hay en todo eso una palabra de verdad.

— ¿Que no hay una palabra de verdad?, exclamaron todos mirando al joven.

Éste, sin desconcertarse, miró al cura, y con acento mezclado de tristeza y de desdén le dijo:

— Reverendo padre: no diga usted afortunadamente. Usted es italiano, y por consiguiente debe decir más bien: ¡Lástima que no sea verdad!

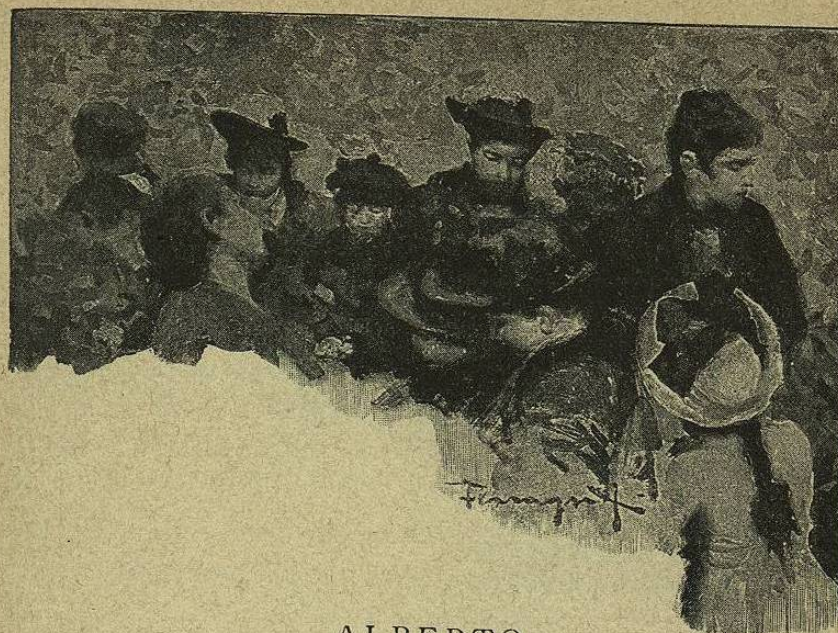
Todos se quedaron un momento como aturdidos; pero luego, volviéndose al cura, y enojados, como suele suceder, más bien con el que les había quitado la ilusión que con el que se la había dado, repitieron casi involuntariamente:

— Es cierto. Diga usted más bien: ¡Qué lástima!

— ¿Yo?, contestó el sacerdote aplicándose al pecho un largo dedo nudoso, y añadió con voz acre y vibrante: ¡Yo jamás lo diré!

Al oír estas palabras, el viejo, herido bruscamente en el dulce sentimiento que lo exaltaba, perdió como de costumbre la paciencia, y extendiendo el brazo hacia el cura, dejó escapar un «¡Fuera de aquí!» que resonó en toda la casa.

El cura desapareció cerrando la puerta con ímpetu. El joven abrazó á su padre, el cual, poniendo las manos sobre la cabeza de su hijo, exclamó con acento triste y afectuoso: «¡Te perdono!»



ALBERTO

I

Daba gusto ver el jardín de la plaza de Azeglio la noche de un día de primavera, hace dos años, cuando Florencia era todavía capital. Acudían allí centenares de niños, muchos de ellos de familias florentinas, pero en su mayoría de familias de empleados de todas las provincias; era el punto de reunión de los italianos y de las italianas más pequeños y más bonitos, conducidos á aquella ciudad por el Parlamento, los ministerios y las demás instituciones del Estado: la flor de la inocencia y de la alegría de la capital. Las madres, las ayas, las niñas estaban sentadas en los bancos á derecha é izquierda de las calles de árboles; los niños corrían por ellas, y en el centro del jardín tocaba la banda de música. Hasta el anochecer aquello

era un movimiento y un vocerío continuos. Grupos de muchachos salían de detrás de las matas, se diseminaban riendo, se perseguían y reían, corrían dando vueltas y más vueltas como las golondrinas, y reían siempre, se caían sin dejar de reír, y se levantaban y empezaban de nuevo á perseguirse. Aquí una niña perdía la peineta, otra el pañuelo, y alguna se detenía para hacerse atar el zapato. De un lado á otro de los paseos se llamaban en alta voz, y en un momento se oían cien nombres de santos, de emperadores, de guerreros y de poetas. «¡María! ¡Héctor! ¡Pompeyo!» A veces no se entendían. «¿Qué has dicho?» preguntaba una toscana, inclinándose hacia una lombarda que le había dirigido la palabra al pasar. Formaban corros de diez niñas cogidas de la mano, y daban vueltas y saltaban, y á las niñas mayorcitas se les soltaban los largos cabellos, y las pequeñitas lloraban. De vez en cuando, dos que habían reñido iban á pedir justicia, seguidas de unos cuantos curiosos, al tribunal de alguna mamá sentada aparte. Otros, cansados de tanto correr, con la cara encendida, jadeantes, se tendían sobre la hierba hasta cobrar aliento para volver á sus juegos. Y más allá, entre los setos y los árboles se veía otros grupos de niños asomar un momento, desaparecer y reaparecer al poco rato; y por todas partes resonaban gritos de alegría, de reconvención, de asombro y de mando, y á cada paso se oían acentos variados que, trayendo á la memoria las diferentes provincias, hacían pasar ante los ojos una secuela rapidísima de visiones: el Canal grande, el Vesubio, San Pedro, la Superga. El jardín Máximo de Azeglio hacía exclamar con un nuevo sentimiento de maravilla y de placer: «¡Oh! Aquí se ve que Italia está reunida de veras.»

Una tarde de abril de 1870, en una parte del jardín donde los niños eran más numerosos, estaba sentado en un banco,

solo y cruzado de brazos, un joven de unos veinte años, decentemente vestido, de aspecto enfermizo, que parecía dormir. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del banco, como si mi-



El joven no lo notó y siguió durmiendo

rase al cielo. Habiéndose movido ligeramente para tomar una postura más cómoda, se le cayó el sombrero detrás del banco, y del sombrero saltó un objeto de forma cuadrada y de color encarnado, parecido á esos estuches en que se guardan las cartas geográficas. El joven no lo notó y siguió durmiendo. Algunos niños al pasar tropezaron con aquel objeto y lo empu-

jaron cinco ó seis pasos más allá. Al poco rato el joven se despertó, y notando que estaba descubierto, se levantó y miró alrededor. Vió su sombrero, lo cogió, lo examinó por dentro, se turbó y comenzó á buscar con cuidado alrededor del banco.

Luego se detuvo, y echando una mirada en torno, preguntó con voz inquieta:

— ¿Ha visto alguien aquí, junto al banco, un objeto encarnado, así de grande, y de cartón?

Dos ó tres mujeres volvieron la cabeza.

— ¿Quieren ustedes hacerme el favor de preguntar á sus niños?, les dijo el joven.

Las mujeres hicieron algunas preguntas á media voz á los chiquillos que había cerca de ellas, y contestaron con un ademán negativo.

— Dispénsenme ustedes, añadió el joven con acento conmovido acercándose á las mujeres; es imposible: ese objeto se me ha caído de encima hace un momento; ruego á ustedes que vuelvan á preguntar, que busquen...

— Qué se ha de buscar?, contestó con tono agrio una mujer. Cuando se ha dicho que no, es que no, y punto concluido.

— ¡Es que usted no sabe lo que he perdido!, replicó el joven con acento de dolor más bien que de enojo. Podría ser un objeto de mucho valor. Podría... Pero no se vayan, añadió con voz suplicante dirigiéndose á otras dos mujeres que se marchaban; deténganse un momento, ayúdenme por favor; no les pido más que un momento...

Se empezaba á reunir gente; las mujeres llamaron á los niños y se marcharon.

El joven volvió á exclamar: «¡Un momento! ¡Háganme este favor!» Y en seguida se puso á buscar por todas partes, casi corriendo y hablando para sí á media voz.

— ¿Ha perdido usted dinero?, le preguntó un curioso.

— No, contestó sin dejar de dar vueltas buscando.

— ¿Ha perdido usted algún anillo?, le preguntó otro.

— No.

La gente se marchó poco á poco.

Cansado de sus inútiles pesquisas, el joven volvió á sentarse, apoyando la cabeza en las manos y moviéndola con desesperación.

Cerraba ya la noche y el jardín quedaba desierto y silencioso; no se oían más que las voces remotas de los últimos niños que se alejaban.

— Mira, decía á su compañero un chiquillo que se había quedado observando al joven detrás de la verja del jardín, está llorando.

Un caballero que por allí pasaba oyó estas palabras, miró al jardín, entró y se acercó al banco.

— ¿Qué tiene usted?, preguntó al joven.

Éste no contestó.

— ¿Puedo servirle á usted de algo? Dígame lo que le pasa; no se lo pregunto solamente por curiosidad..

— Muchas gracias, contestó el joven con el acento del que quiere cortar una conversación.

— Siento no inspirar á usted confianza, repuso el caballero. De todos modos, aquí tiene usted mis señas. No se desanime usted.

Dicho esto, se alejó.

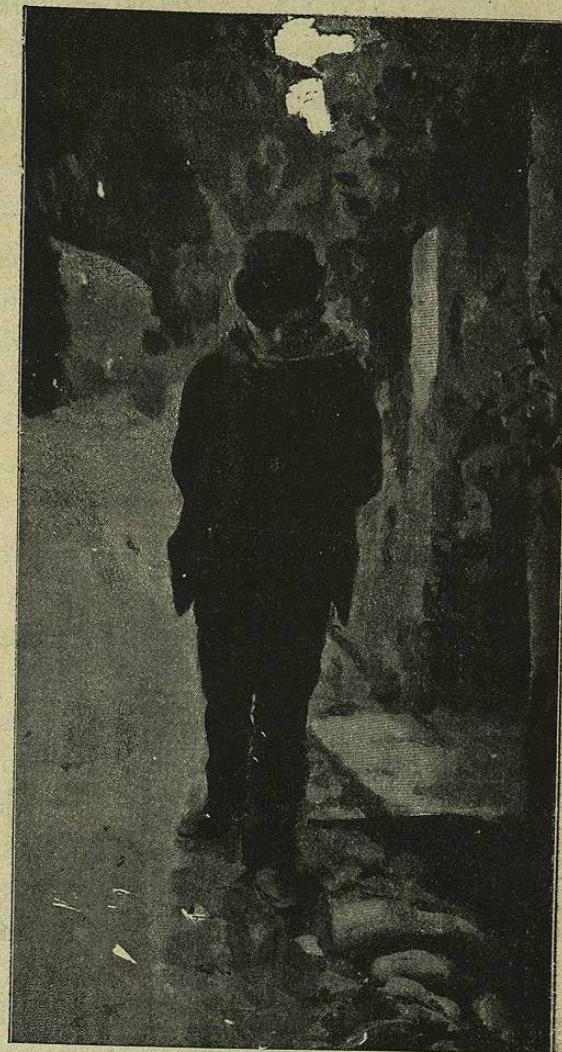
El joven miró en seguida en torno y vió una tarjeta en el banco; se la guardó en el bolsillo y volvió á tomar la postura de antes.

En aquel momento se oyó la orquesta ruidosa del teatro del príncipe Humberto.

II

En todas las grandes ciudades hay ciertas casas de comida, compuestas de una sala y una cocina, con un rótulo en la puerta, que dice: *Abonos á cuarenta liras al mes*. Todas se parecen: la sala es larga y estrecha; en una pared se ve el busto del rey; á un lado un dueño de gesto avinagrado, y andando por allí dos ó tres mozos con los delantales sucios, despeinados y sirviendo con mal talante. Casi todos los parroquianos son jóvenes que engullen su mezquina comida sin hablar y sin levantar los ojos. No son pobres, ni obreros, ni estudiantes, ni empleados, siendo difícil determinar la clase social á que pertenecen. Son gente que vive al día, diseminada por las tiendas y almacenes, por las redacciones de periódicos y por los ministerios; que á cada paso, á medida que les falta trabajo en un sitio y lo encuentran en otro, cambian de puesto, de ocupaciones y de nombre; hoy gacetilleros, mañana revisores de cuentas, otro día escribientes temporeros. Duermen en un chiribitil de un cuarto piso, fuman un cigarro al día y van una vez al mes al teatro. Algunos usan los cabellos largos; muchos carecen de gabán en invierno y llevan rodeado al cuello un tapabocas ó un chal viejo; con frecuencia se les encuentra en las afueras de la ciudad paseando solos por algún camino desierto. Los hay poco amigos del trabajo; pero muchos ahorran diez liras de las cien que ganan al mes y las mandan á su casa ó las guardan aparte. Por lo general son los primeros en recoger de en medio de la calle á un niño cuando pasa un carruaje, ó en levantar á un anciano caído al suelo, ó en separar dos granujas que se pegan. Algunos tienen en la cara una expresión constante de tristeza y miran á la gente de modo

que parece que censuren á todos por algo; en cambio la fisonomía de otros expresa serenidad, paz, sentimientos dulces y benévolos. Todos ó casi todos muestran de vez en cuando cierta alegría que puede ser efecto de una carta de un pariente lejano, ó de un elogio del jefe de la oficina, ó de haber encontrado un cuarto que les cueste cinco liras menos al mes. Entre esta clase de jóvenes hay naturalezas admirables, corazones escogidos, vidas nobilísimas llenas de sacrificios y de dolores terribles, soportados sin quejas y en secreto.



III

El joven del jardín de Azeglio era uno de éstos. Hacía pocos meses que residía en Florencia, empleado como amanuense en el bufete de

Llevan rodeado al cuello un tapabocas